

Rafael Aguirre

Todas las encuestas dejan muy malparada la imagen de la Iglesia, en cambio Jesús suscita interés y simpatía, aunque la ignorancia es grande y la predisposición a creer fantasiosas reconstrucciones históricas sea un indicio del analfabetismo simbólico de nuestra sociedad. La misma Iglesia se ha preocupado mucho más por mantener unas definiciones metafísicas precisas sobre Jesús que por hacer valer su memoria histórica. Cuando pierde su carácter de establecido convencionalmente, es cuando se puede percibir la novedad que supuso, y que podría suponer, lo que me permito llamar, de forma anacrónica, «el cristianismo de Jesús y de sus seguidores». Es lo que justifica que volvamos, una vez más, sobre la persona y la obra de Jesús.

1. Para situar la cuestión

a) Se me ha propuesto hablar de la «novedad» de Jesús y sus seguidores. Se requiere alguna cautela. Hay muchos estudios que muestran un Jesús muy trascendente que rompe todos los esquemas de su sociedad y no encaja en ninguna categoría. En el fondo se proyecta en la investigación histórica una trascendencia que solo la fe puede proclamar. Hay investigaciones históricas que, en realidad, son teología camuflada. Con frecuencia se presenta la novedad de Jesús en contraposición con una imagen peyorativa del judaísmo, como religión legalista y basada en el mérito. Esta presentación es falsa e insostenible. Jesús fue toda su vida un judío fiel, aunque también es verdad que desencadenó un conflicto intrajudío, como lo hicieron otros personajes, por ejemplo el Maestro de justicia de Qumrán o el mismo Juan Bautista.

b) La investigación histórica pretende descubrir lo específico, lo propio, pero para ello es necesario situar a Jesús en sus circunstancias sociales (políticas, económicas, culturales). Captar la novedad requiere conocer el contexto social respecto al cual se produce. Lo tendré muy en cuenta en mi exposición.

c) Es posible una investigación histórica sobre Jesús. Es necesario un estudio crítico de los textos aplicando unos criterios para determinar su historicidad. Las fuentes principales para este estudio son los evangelios canónicos. La documentación apócrifa aporta poco, aunque su importancia es notable para conocer las consideraciones que se van haciendo posteriormente de la persona de Jesús y también para conocer algunas comunidades cristianas.

Todo investigador tiene presupuestos que le condicionan, pero en el caso del creyente no puede introducir la fe en su metodología histórica. Se ha abierto, o reabierto, en la actualidad un gran debate sobre el valor teológico de la investigación histórica sobre Jesús. En mi opinión, la investigación histórica sobre Jesús no es norma de la fe, pero en absoluto la deja indiferente.

d) Un estudio histórico no capta la realidad del pasado en sí misma de forma puramente objetiva. Es, más bien, una reconstrucción del pasado, hipotética, más o menos plausible, condicionada por los datos que se poseen y por la perspectiva del historiador. Por eso las investigaciones históricas son siempre revisables, matizable, susceptibles de crítica y complementación. Por supuesto, las hay claramente rechazables.

En el caso de Jesús, una investigación histórica para poder acreditarse, tiene que ser capaz de explicar de forma plausible dos hechos: 1) el que Jesús fuese crucificado y, además, tras un ministerio relativamente breve; 2) el que se originase un movimiento que pretendía continuar su causa y reivindicar su persona. El fracaso y la ignominia de la cruz hace que el surgimiento, perduración y rápida extensión de este movimiento, que subsiste hasta nuestros días, sea especialmente notable. En todo caso, ya desde ahora podemos afirmar la personalidad excepcional de Jesús, que a nadie dejaba indiferente y que produjo un impacto fortísimo que ha llegado hasta el día de hoy.

e) Mi exposición va a ser fundamentalmente histórica, lo que supone el recurso a la antropología, a la sociología, a la arqueología (obviamente no voy a tener tiempo para abarcar un campo tan amplio y fascinante). Considero conocidas las

fuentes literarias en que se basa este estudio (los evangelios, su naturaleza, los materiales que usan etc.). Pero en su debido momento también tendremos que atender a la teología, entendida como un tipo de racionalidad que se abre a partir de la aceptación de la fe. La teología reivindica una forma específica de conocimiento, que proyecta un luz especial, que se abre al misterio de Dios y que supone una forma propia —alternativa, lo digo ya— de ver la realidad humana e histórica. Me refiero a una teología entendida como una lectura de la historia, que afirma la identidad narrativa de Jesús, una teología que se reivindica como la penetración más profunda y real de lo acontecido en la persona y en la historia de Jesús.

2. El contexto de la historia de Jesús

Por su misma situación geográfica, a caballo entre tres continentes, Palestina, una estrecha franja de tierra al este del Mediterráneo, es un territorio disputado, lugar de paso y de mezcla de pueblos. Puede pensarse que este sucederse y cruzarse de pueblos y culturas permitió que en esa tierra la conciencia religiosa llegase a una maduración muy singular.

En el tiempo que nos ocupa Palestina formaba parte del Imperio Romano, era un territorio fundamentalmente judío, pero con una notable penetración de la cultura helenista, debido sobre todo al proceso de urbanización. Esto sucedía en Jerusalén, donde la helenización de la élite era muy notable, como han puesto de manifiesto las excavaciones realizadas en la zona alta de la ciudad, pero llegaba al corazón mismo de Galilea, la región del norte, en la que se encontraban los centros urbanos de Séforis, Tiberias y Magdala. Por cierto, conviene llamar la atención sobre la importancia de esta última ciudad (Magdala), como han demostrado las recientes excavaciones arqueológicas, que pueden modificar nuestras ideas sobre el entorno donde se desarrolló la mayor parte del ministerio de Jesús.

En Galilea se estaban dando profundas transformaciones sociales debidas a la política de los herodianos, la dinastía vasalla a través de la cual el Imperio romano controlaba la región. En pocas palabras, se asistía a una crisis de la economía de reciprocidad, que extendía a las aldeas campesinas el sistema de subsistencia familiar; y se imponía una economía de redistribución, en la

que un poder central acumulaba los recursos. Las cargas fiscales crecieron espectacularmente: unas para el Templo y otras para sufragar las grandes obras públicas de los herodianos. Se hundía el sistema de solidaridad familiar y las relaciones de patrón-cliente; la pequeña propiedad familiar era inviable y se daba una concentración de la propiedad. Los pequeños propietarios acababan como jornaleros, cuando no como esclavos. La emigración y el bandolerismo eran fenómenos consecuentes.

En Judea, la región del sur, los romanos ejercían el dominio directamente a través de un prefecto, pero allí era clave la función social del Templo y de la aristocracia sacerdotal que lo controlaba. No se constata para este tiempo ningún tipo de resistencia armada contra los romanos.

Propiamente el judaísmo nace en el postexilio. Con el regreso de los exiliados se plantea la creación de un pueblo, que reúna a los dispersos y a los recién llegados, y que tenga su propia personalidad en el imperio persa. Es el momento en que empieza a surgir la Biblia como recopilación de tradiciones que se van a convertir en memoria compartida, que crea una identidad social. Esta función la va a ejercer fundamentalmente el etnomito del pueblo elegido por Dios, que impone unas leyes que deben ser cumplidas, lo que le diferencia de todos los demás pueblos. Las normas de pureza son fronteras que separan hacia fuera, a la vez que suponen el control de los miembros del propio grupo. «Los pecadores», «los gentiles», son estereotipos con que se aísla y degrada a quienes no se ajustaban al etnomito y ponen en peligro la identidad del grupo. Es obvia la fuerza enorme de un etnomito legitimado teológicamente y basado en la elección divina.

Durante mucho tiempo «el judaísmo», integrado en el imperio persa, no aspiró al restablecimiento de la realeza. La autoridad judía tenía un carácter sacerdotal y era aceptado por el pueblo. Más tarde, con la sublevación de los macabeos y los deseos de un poder político propio, resurgió la esperanza en el restablecimiento del linaje davídico. En tiempo de Jesús estaba muy extendida la esperanza en el mesianismo davídico o real.

En un clima de grandes dificultades materiales y de ebullición política creciente surge la apocalíptica, que es un movimiento de protesta cifrada, de esperanza, de anhelo de transformación histórica radical. Una cuestión actualmente muy discutida es la relación de Jesús con la apocalíptica. Hay que señalar finalmente que el judaísmo del siglo I era enormemente plural. Ha-

bía grupos y tendencias diversas; fariseos, saduceos, esenios; surgieron esporádicamente movimientos proféticos y mesiánicos. Después del año 70, tras la destrucción del Templo, el judaísmo tiene que redefinir su identidad y a partir de este momento hay una tendencia notable hacia la unificación, que se realizaría en la línea farisea.

3. Jesús anuncia el Reino de Dios

El primer dato que tenemos de la vida de Jesús adulto es su participación en el movimiento de conversión y renovación de Israel promovido por Juan Bautista. Las relaciones entre Juan y Jesús son muy discutidas en la actualidad. Juan se separaba de los lugares habitados y su predicación era de tintes netamente apocalípticos. En este contexto parece que Jesús toma conciencia de su misión y pronto adopta un camino propio.

Jesús no se separa, sino que busca a la gente. Más aún busca de manera especial a los tenidos por marginados y pecadores. Como sucede en toda la Biblia no habla de Dios en sí mismo, sino de Dios en su relación con la humanidad. Utiliza la expresión Reino/Reinado de Dios, que es bien conocida en la Biblia. No es una novedad en labios de Jesús, pero sí es algo específico la frecuencia y centralidad que adquiere, así como algunas afirmaciones que hace. Parece que es novedosa su afirmación de que el Reino de Dios está llegando, está ya irrumpiendo en el mundo y esto es una buena noticia para los pobres, para los afligidos, para los hambrientos, porque su situación va a cambiar, van a ser liberados; en realidad el RD ya está en medio de vosotros (Lc 11, etc.).

Jesús alerta para descubrir el RD, para acogerlo y entrar en su órbita, y, a la vez, exhorta a esperar su plenitud futura, que él creía cercana.

Con su anuncio del RD Jesús empalma con una tradición profética. En efecto, RD es la expresión utilizada por los dos profetas que se dirigen al pueblo de Israel en los dos momentos de mayor sufrimiento y postración del pueblo: el Dt-Is a los desterrados en Babilonia y Daniel a los que sufren la opresión de los seléucidas que parece va a acabar con ellos. Ambos profetas hablan del RD para contraponerlo al imperio opresor de turno. El RD es un mensaje de resistencia y esperanza para un pueblo que sufre.

Así el Dt-Is se dirige a los desterrados 52, 7: «¡Qué hermosos son sobre los montes los pies del mensajero que anuncia la paz, que trae buenas noticias (*euangelizomai*), que anuncia salvación, que dice a Sión: “Ya reina tu Dios”!».

El libro de Daniel utiliza un lenguaje imaginativo muy peculiar. En el capítulo 2 Daniel interpreta el sueño del rey Nabucodonosor. Ha visto una estatua extraordinaria y terrible, que «tenía la cabeza de oro puro, el pecho y los brazos de plata, el vientre y los lomos de bronce, las piernas de hierro, y los pies mitad de hierro y mitad de barro» (2, 32-33). De repente «una piedrecita se desprendió sin intervención de mano alguna» (2, 34), fue rodando, golpeó a la estatua terrible que quedó pulverizada. Y aquella piedrecita fue creciendo hasta convertirse en una gran montaña que llenó toda la tierra (2, 35). El monstruo impresionante representa a los imperios, que se han ido sucediendo uno a otro. La piedrecita que los destruye y se convierte en una gran montaña es el reino decisivo que Dios va a suscitar.

En el capítulo 7 el sueño lo tiene el mismo Daniel. Ve cuatro bestias terribles que surgen del mar (un león con alas, un oso con tres costillas en las fauces, un leopardo con alas de ave, la cuarta es de un aspecto impresionante indescriptible) y que representan a los imperios opresores de Israel (Asiria, Babilonia, Persia, Griegos/Selúcidas). Posteriormente, en contraposición con las bestias ve a un ser humano (un Hijo del hombre), que no surge del mar, sino que viene sobre las nubes del cielo y que se dirige al trono donde estaba sentado el anciano —el trono de Dios— el cual le otorga el poder, el honor y la gloria. Las bestias, los imperios, son destruidos. Prevalecerá el Hijo del hombre, que tiene un sentido colectivo, representa a los justos, será el reino de lo humano, no de la violencia ni del poder de la fuerza. Cuando Jesús habla del Reino del Hijo del hombre está hablando del RD y lo ve como el reino de lo humano en contraposición con lo bestial.

Lo novedoso es que este RD, reino de lo humano, ya está irrumpiendo, una dinámica de cambio imparable ya está en marcha; Jesús invita a ver y valorar la realidad desde esta perspectiva esperanzadora. El RD es como un poco de levadura, que se introduce en la masa. A primera vista parece que nada ha cambiado, pero la levadura está actuando y toda la masa está siendo transformada. El RD es como una pequeña semilla sembrada en el campo. El campo hoy parece igual que ayer, antes de la siembra, pero el grano crece y brota sin que el hombre sepa

cómo. La tierra da el fruto por sí misma: primero hierba, luego espiga, después trigo abundante en la espiga» (Mc 4, 27-28).

Porque el RD ya está presente y actuante su plenitud futura es irreversible y cercana (así creía probablemente Jesús).

No es posible presentar ahora los desarrollos y justificaciones críticas que este tema requiere. Señalo simplemente tres puntos de gran importancia.

— Jesús utiliza un lenguaje poético, con frecuencia paradójico, chocante e irónico. Es algo muy propio de él. Y es que para expresar experiencias humanas muy profundas —en este caso religiosas— hay que ir más allá del lenguaje cotidiano. Jesús no utiliza el lenguaje legal de los maestros de su tiempo. Ha sido un gran error de cierta teología muy al uso, planamente racionalista, intentar trasvasar en normas de comportamiento o en síntesis teórica las enseñanzas de Jesús. Para entender a los poetas hacen falta lecturas creativas. Jesús con su lenguaje poético enseña a ver la realidad de otra forma. Todo empieza por la mirada. A las dimensiones nuevas que descubre en la realidad le corresponden posibilidades nuevas en la forma de actuar de los humanos.

— Jesús habla del RD, pero nunca designa a Dios como rey (todos los textos en que así aparece son redaccionales de Mateo). A Dios le llama padre y como tal le invoca. Por eso la fraternidad es la señal histórica de la aceptación del RD.

No estoy haciendo una consideración piadosa. Esto tenía una concreción precisa entre el campesinado galileo al que Jesús se dirigía. El RD era una reivindicación de las relaciones de reciprocidad, de la solidaridad familiar alargada a las relaciones vecinales, del perdón de las deudas, que, como sabemos, atosigaban a los pequeños campesinos. El RD de Jesús tenía una repercusión social, se contraponía al nuevo tipo de civilización que los herodianos estaban introduciendo en sus dominios. El Imperio romano suponía un poder político, pero también una nueva organización económica y la desarticulación del entramado tradicional de la vida. El RD es una proclama de resistencia y de esperanza de que las cosas pueden ser de otra manera. El anuncio de Jesús respondía a las necesidades del campesinado galileo. En este ambiente su predicación encontró un eco notable. «Su fama se extendía por todas partes, en toda la región de Galilea» (Mc 1, 28).

— Jesús esperaba la irrupción futura y definitiva del RD. Es lo que se suele llamar la dimensión escatológica del RD. En este punto es necesario alguna puntualización más técnica por la envergadura del tema y porque en España hay una escuela exe-gética que afirma rotundamente que esta dimensión futura es la única atribuible a Jesús (que no habría hablado de la actuación ya en el presente del RD); además la entienden en clave naciona-lista judía porque conllevaría la derrota de los romanos en una expectativa militar que los discípulos de Jesús mantuvieron has-ta el último momento. Según esta escuela Jesús fue siempre un discípulo de Juan Bautista y mantuvo su concepción meramen-te futurista y apocalíptica del RD. No voy a discutir esta opinión y me limito a decir que no es justo ni correcto presentarla como algo aceptado por todo lo que llaman «investigación crítica in-dependiente». Una cosa muy importante: se puede discutir si la terminología apocalíptica es de Jesús o si ha sido puesta en sus labios por la Iglesia posterior, pero es claro, en mi opinión, que este tipo de lenguaje frecuente en el AT tiene un sentido simbóli-co y que hablando de catástrofes cósmicas y de convulsiones de la naturaleza lo que pretende es subrayar la importancia de de-terminados acontecimientos históricos. Es decir, el lenguaje apo-calíptico del NT nunca pretende hablar del fin del mundo, sino de profundas transformaciones históricas.

4. La práctica de Jesús

Jesús anuncia el RD y también lo expresa con sus obras. De un modo similar a los profetas que con sus acciones simbólicas iluminaban sus enseñanzas. No me voy a fijar en todas las obras de Jesús. Así no voy a decir nada de algo tan importante como son sus milagros.

Jesús tuvo un trato cercano y amistoso con pecadores, publi-canos y prostitutas. Este es un dato históricamente sólido y que nos permite hablar, en cierto sentido, de la novedad de Jesús. Es decir, Jesús trata con marginados morales, con gentes que se consideraba atentaban contra los valores sociales centrales. En el mundo greco-romano el marginado moral por antonomasia es el esclavo, que no goza de libertad, de autarquía, de persona-lidad en la polis. En el mundo judío el marginado es, ante todo, el gentil, no ya el que no pertenece a la polis (como en la cultura

helenista), sino que no pertenece al pueblo de Dios. Se asemejan a los gentiles los judíos que no respetan los valores que definen la identidad judía. Entre ellos destacaban los pecadores, las prosti-tutas y los publicanos.

Teniendo esto presente recordemos algunos datos. Jesús lla-ma a su seguimiento a un publicano. Les dice a las autoridades religiosas «que los publicanos y las prostitutas os precederán en el Reino de los Cielos» (Mt 21, 31). Murmuran reiteradamente contra él porque «acoge a pecadores y publicanos y come con ellos». Compartir la mesa con alguien denota una especial cer-canía y familiaridad. Por eso más del 60 % de las normas de pureza del judaísmo tenían que ver con los ritos de mesa y el proceso alimentario. Aquí se juega muy fundamentalmente la identidad judía. La actitud de Jesús es abiertamente contracul-tural, porque trata con los marginados morales de su sociedad.

Hay un cierto paralelismo con la actitud de los filósofos cíni-cos, estoicos y epicúreos, que también adoptaban comportamien-tos contraculturales. Estos porque trataban con quienes no res-petaban las normas de la polis. Jesús porque trataba con quie-nes no respetaban las normas del etnomito judío.

Otro dato de la vida de Jesús que se puede aceptar como histórico es la unción que acepta de una mujer «pecadora públi-ca». En los evangelios hay varias versiones de la unción y no podemos proceder ahora a un análisis histórico-crítico. Seme-jante comportamiento escandaloso es imposible que haya sido inventado por la comunidad cristiana.

Hablo de comportamientos contraculturales de Jesús, pero también podríamos hablar de novedad. Bien entendido que la novedad contracultural solo puede captarse dentro del propio sistema de conocimiento y valores socialmente compartido frente al que pretende definirse. Como he dicho al inicio, Jesús no alienta comportamientos antijudíos, pero sí promueve un movimiento intrajudío de renovación y suscita un conflicto intrajudío.

Esto conlleva tres características de Jesús, que podríamos considerar novedades, siempre relativas.

— La actitud de Jesús supone una relativización radical de las normas de pureza. La novedad es que trata con «pecado-res». Sus discípulos pronto darán un paso más, que supondrá una mayor novedad: compartirán la mesa con los gentiles, es decir aceptarán en la comunidad a los más impuros todavía.

Van más allá del Maestro, pero desarrollando la dinámica por él introducida.

— El comportamiento de Jesús se explica, en última instancia, por su peculiar experiencia de Dios como misericordia. Cuando le piden cuentas por su actitud, responde con la parábola de la oveja perdida, de la dracma perdida y del hijo pródigo. No hay argumentos teóricos. Dios no es el santo a quien se accede a través de separaciones de lo profano. Dios es el misericordioso a quien se accede en la medida en que se ve al prójimo necesitado y se acerca a él (no se pasa de largo, se le ayuda eficazmente con todos los sacrificios y riesgos que esto pueda suponer). Lo que nos separa de Dios no es un abismo metafísico, sino la falta de misericordia.

La misericordia es una toma de contacto primigenia con la realidad, inseparable de la indignación, que descubre el sufrimiento del prójimo, que se pone en su lugar, que se traduce en ayuda eficaz. Los evangelios hablan constantemente de la misericordia de Jesús: tiene misericordia del leproso estigmatizado, y de la viuda que ha perdido a su único hijo, y del pueblo que se encontraba «vejado y descarriado», y de la multitud que no tiene que comer... Según Jesús, a Dios no se le encuentra en el Templo, lugar de la santidad y de la separación de lo profano; se le encuentra en el prójimo necesitado. Porque Dios es padre misericordioso «sed vosotros misericordiosos». (La Carta a los Efesios dirá: «Sed imitadores de Dios, como hijos queridos, y vivid en el amor como Cristo os amó y se entregó por nosotros»: 5, 1-2.) El RD abre un horizonte insospechado y, por eso mismo, abre posibilidades nuevas de actuación humana. El RD nos introduce en la lógica del amor desinteresado, en la lógica de la gratuidad y del don. En las seis antítesis del Sermón del Monte encontramos las exigencias nuevas del RD. Su formulación va «in crescendo». Empieza por el no matar y termina con la no violencia y el amor a los enemigos. «Amad a vuestros enemigos y rogad por los que os persiguen *para que seáis hijos de vuestro Padre celestial...*». El amor a los enemigos, precisamente porque es el más desinteresado y gratuito, es el que más nos identifica con Dios, el que nos hace sus hijos, porque Dios, para Jesús, es amor gratuito, misericordia infinita, puro don que comunica su vida sin buscar beneficio propio.

— Íntimamente relacionados con la actitud de Jesús con los marginados morales y con su comportamiento contracultural

están sus exorcismos. Es un tema que crea dificultades a la mentalidad moderna, pero pocas cosas hay más claramente históricas en la vida de Jesús. Se encuentra en todas las fuentes antiguas y la tendencia de la tradición fue a ir eliminándolos, de modo que el último evangelio, el de Juan, ya no cuenta ninguno.

La antropología cultural nos ayuda mucho a comprender estos fenómenos. Naturalmente tenemos que meternos en aquella mentalidad y su creencia en espíritus. Toda sociedad estigmatiza o margina por diversas razones. Hay grupos especialmente vulnerables. En las sociedades patriarcales lo son las mujeres. Se observa que en situaciones de colonialismo los fenómenos de marginación tienen especial virulencia y afectan más a los varones. A estas gentes estigmatizadas, según las culturas, se las tacha de locos, subversivos, antipatriotas, endemoniados... Viven al margen de la sociedad, a veces hasta físicamente alejados o reclusos. Toda sociedad tiene su bolsa de marginación, que sirve de válvula de escape de sus contradicciones sociales. A esta gente se le permite una serie de cosas (actitudes, afirmaciones) que a otros no se les permitiría, porque no se les toma en serio o porque se ha acotado su radio de influencia.

Pues bien, hay varios casos en que Jesús libera a gente en esta situación de su enajenación, les recupera para la convivencia. Pero no les reintegra simplemente en la sociedad que los ha excluido, sino que los recupera para una sociedad nueva, para el Reino de Dios. Por eso las gentes de Gerasa cuando ven que aquel endemoniado furioso ha sido liberado le piden a Jesús que se vaya: consideran un peligro desestabilizar los equilibrios sociales. El RD no respeta los mecanismos de exclusión sobre los que se apoya una sociedad imperial y patriarcal.

5. Relaciones de Jesús y reacciones que encuentra

¿Cómo se relaciona Jesús con los diversos grupos y sectores sociales? ¿Qué reacciones suscita?

Suscita un eco positivo entre el campesinado galileo. Continuamente se dice en los evangelios. Le buscan, le escuchan con agrado, nunca han visto nada semejante, le llevan los enfermos, se agolpan y no le dejan tiempo ni para comer. Cuando la última semana se traslada a Jerusalén, la gente sigue prendida de lo que dice. Las autoridades del pueblo le ven como una amenaza cre-

ciente, pero no le pueden detener porque ocasionarían una auténtica revuelta popular. Tendrán que esperar a la noche y a que se encuentre solo para detenerle.

El campesinado galileo ve en Jesús a un sanador popular, a un profeta bueno, su anuncio del RD es un mensaje que, en medio de las grandes dificultades por las que pasan, conforta y da esperanza.

Jesús se rodea de un grupo de discípulos. También lo hacían otros maestros, pero en su caso destaca la especialísima relación que se establece con su persona. Parece que le siguen en su vida de predicador itinerante, abandonando en muchos casos su vida anterior; al menos de forma temporal. Esta relación tan estrecha y peculiar que los discípulos establecen con Jesús presupone una cierta fe prepascual.

En cambio las autoridades del pueblo, sobre todo las sacerdotales, se enfrentaron con Jesús, de una forma abierta cuando llegó a Jerusalén. En buena medida la dura polémica con los fariseos, que aparece en el período galileo, especialmente en el evangelio de Mateo, es fundamentalmente proyección sobre la vida de Jesús de las duras disputas que sus seguidores postpascuales mantuvieron con los fariseos a partir del año 70.

A las autoridades les preocupaba el eco popular que Jesús encontraba. Hay un núcleo histórico en las palabras de los sumos sacerdotes en Jn 11, 48 («Si le dejamos todo el pueblo se irá detrás de él e intervendrán los romanos que destruirán el lugar santo y nuestra nación»). Deciden darle muerte por el eco popular que suscita, dan una requisitoria para prenderle, en vista de lo cual Jesús se esconde en un pueblo —Efraím— en la frontera entre Samaria y Judea, al borde del desierto.

Lo que resultaba intolerable de Jesús para la oligarquía jerosolimitana era su actitud con el Templo. Había sido muy crítico con esta institución y había realizado un gesto —la expulsión de los vendedores y cambistas— que resultaba un abierto desafío. Su interpretación histórica precisa es discutible y difícil. Como mínimo está claro que Jesús denunciaba el culto del Templo porque servía para encubrir una situación injusta y a sus responsables; «...la habéis convertido en una cueva de bandidos». Esta crítica al culto la encontramos también en los profetas, pero Jesús va más allá. Declara la abolición inminente del Templo. Se opone a quienes transportaban los utensilios imprescindibles para el culto (Mc 11, 16). Dice a sus discípulos que, si tienen fe,

lograrán que todo el monte del Templo sea arrojado al mar. El perdón de los pecados ya no está vinculado a los sacrificios en el Templo. La expulsión de vendedores y cambistas hay que interpretarla probablemente como un signo profético con el que Jesús anuncia la irrupción del tiempo escatológico, que —en la escatología judía siempre tan compleja— conllevaría la destrucción del Templo y su renovación radical.

Jesús se está atribuyendo un papel personal inaudito y, por eso, las autoridades le preguntan: «¿con qué autoridad haces esto?, ¿quién te ha dado tal autoridad para hacerlo?» (Mc 11, 28).

Pero hay algo previo y muy importante. La crítica al Templo suponía poner en cuestión la columna vertebral del sistema social del judaísmo. Desde un punto de vista económico el Templo hacía afluir grandes cantidades de dinero del impuesto que anualmente debían pagar los judíos del mundo entero. Añádase las ofrendas y sacrificios de los peregrinos. Además el Templo funcionaba como banco central, en el que se custodiaban los títulos de propiedad. Todo esto suponían unos ingresos enormes de los que se beneficiaban los sumos sacerdotes, es decir, las familias sacerdotales aristocráticas que residían en Jerusalén. Desde el punto de vista ideológico, el Templo, lugar de residencia divina, era el gran símbolo del etnomito de la elección divina.

Jesús y su proclamación del RD atentaba contra intereses materiales muy poderosos y suponía una actitud contracultural porque cuestionaba la institución central de la identidad social de su pueblo.

¿Cuál fue la actitud de Jesús respecto al Imperio Romano?

Hemos visto que en Galilea fue sumamente crítico con la incorporación de la región al Imperio romano, que estaba realizando la dinastía vasalla de los herodianos, y con las transformaciones sociales que estaba suponiendo. El RD es un mensaje de resistencia y esperanza en esta situación.

Pero fue en Judea donde Jesús tuvo una relación más directa con las autoridades romanas. Galilea era un reino (propriadamente una etnarquía con Herodes Antipas) vasallo, gobernado por una dinastía fiel, los herodianos, pero que evitaba la presencia directa de los romanos. En cambio Judea formaba parte de la provincia romana de Siria, el poder lo ejercía un prefecto romano y eran visibles por todas partes las tropas romanas, que, evidentemente, solían estar formadas por gentes de diversos pueblos del Imperio.

La cuestión es compleja y debatida. Resumo en una serie de puntos, esquemáticamente expuestos, mi opinión al respecto.

1. Los evangelios canónicos, los textos históricamente más valiosos, están escritos poco después de la guerra de los judíos contra los romanos del año 70 y tienen una clara tendencia a ocultar o, al menos, difuminar la conflictividad de Jesús con la autoridad imperial. Hay autores que defienden que Mc y Lc son verdaderas «apologías pro romanos».

2. La proclamación misma del Reino/Reinado de Dios tenía que sonar como un desafío a la religión imperial que proclama al emperador romano como Señor, Soberano e, incluso, llegaba a divinizarlo. Jesús se inserta con toda claridad en la tradición antiimperial que recorre toda la Biblia. Frente a la *pax* romana, construía con la violencia y la fuerza, Jesús propone la paz del RD basada en la justicia y en la no violencia. La crítica antiidolátrica es, en Jesús, crítica antiimperial y actitud contracultural.

3. Hay un momento en que le instan a Jesús para que defina claramente su postura ante el Imperio. Es la famosa escena en que le preguntan: «¿Es lícito pagar tributo al César?» Es un anacronismo total interpretar la respuesta de Jesús como el establecimiento de la separación entre lo político y lo religioso, las cosas de Dios y las de los hombres, como se hace actualmente en el occidente postilustrado. Es evidente que le tienden una trampa a Jesús. Le quieren acusar o de subversivo ante las autoridades romanas o de colaboracionista con ellas ante el pueblo.

En realidad, Jesús —como, por otra parte, hace casi siempre— no responde a la cuestión, sino que la replantea de otra forma. Primero hace ver que sus adversarios no tienen empacho en usar denarios con la efigie del emperador. Después todo el énfasis de su respuesta está puesto en la segunda parte, en la que aborda algo por lo que no le habían preguntado: «Dad al César lo que es del César y a Dios lo que es de Dios». No se manifiesta en contra del César, evita entrar en esta cuestión, tampoco entra en qué es lo que le corresponde al César. El peso de la respuesta cae en algo sobre lo cual no le habían preguntado: la primacía de Dios, al que todo debe estar subordinado. Es interesante notar que en el evangelio de Lc, cuando Jesús comparece ante Pilatos, le acusan de que «hemos encontrado a este alborotando a nuestro pueblo, prohibiendo pagar tributo al César y diciendo que él es el Mesías rey» (23,2).

4. En tiempo de Jesús no existía aún ningún grupo que preconizase la resistencia armada antirromana. Los sicarios y celotas surgen en vísperas de la guerra judía del 66. Por otra parte, Jesús preconiza, más bien, la no violencia. Una vía interesante y nueva es leer los evangelios teniendo en cuenta los estudios sobre el lenguaje cifrado que utilizan los pueblos sometidos, que ellos entienden, pero que no capta la potencia dominante y así evitan el choque frontal.¹ Este tipo de lenguaje antirromano, pero cifrado, irónico, escurridizo, a veces de aparente sumisión, está presente en los evangelios.

5. Jesús promovió un movimiento profético similar a otros que surgieron en el judaísmo de su tiempo y de los que tenemos noticia por Flavio Josefo. Teudas que al mando de una multitud se dirigió al río Jordán profetizando que a su paso se abrirían las aguas, como repetición de los prodigios del Éxodo. El prefecto romano Fado lo vio como un peligroso movimiento subversivo, intervino y mató a Teudas. Poco después Flavio nos informa de un judío de Egipto, que se tenía por profeta, que arrastró a una multitud al Monte de los Olivos afirmando que desde allí verían caer los muros de la ciudad y abrirse un camino para entrar en ella. Intervino el procurador Félix, que mató a muchos, aunque el egipcio logró escapar. Juan Bautista también congregó a mucha gente en el Jordán esperando la intervención decisiva de Dios. Según Flavio —a diferencia de los evangelios— Herodes intervino porque consideró peligroso el movimiento auspiciado por Juan. Se podrían poner otros ejemplos (por ejemplo, el Maestro de Justicia y el grupo de Qumrán). El parecido con el movimiento de Jesús es notable. Hay siempre un líder profético, a quien sigue mucha gente; esperan una pronta intervención divina; la autoridad romana o su delegada consideran estos movimientos como un peligro político e intervienen, buscando sobre todo acabar con su líder.

Hemos llegado así al punto más decisivo y más seguro históricamente, al que vamos a dedicar un apartado propio dada su importancia para el objeto de nuestro estudio.

1. James C. Scott, *Los dominados y el arte de la resistencia*, Txalaparta, Tafalla, 2003; Richard A. Horsley, *Hidden Transcripts and the Arts of Resistance. Applying the Work of James C. Scott to Jesus and Paul*. Society of Biblical Literature, Atlanta, 2004. Esto lo vio genialmente Ernst Bloch en *El ateísmo en el cristianismo*, Taurus, Madrid, 1983, 20-21.

6. La crucifixión de Jesús

Jesús fue crucificado. La cruz era un patíbulo romano, el más cruel y vergonzoso, reservado para subversivos políticos y esclavos, nunca para ciudadanos romanos. Por tanto es claro que la crucifixión de Jesús se debió a una decisión de la autoridad romana.

¿Pero de quién fue la responsabilidad? ¿Pilatos se limitó a confirmar una sentencia judía? Sobre esto se ha discutido muchísimo, como sobre la situación jurídica del tiempo, sobre si los romanos se reservaban el *jus gladii*, sobre si el Sanedrín de Jerusalén, en algunos casos, podía ejecutar la pena capital, etc.

Jesús fue considerado peligroso tanto por la autoridad sacerdotal judía como por la autoridad romana, que actuaron acordadamente —lo que, por otra parte, era habitual— contra él. Pilatos no intervino a regañadientes, a su pesar, presionado por los sumos sacerdotes. Así lo presentan los evangelios por un afán apologético de disculpar a los romanos, pero en absoluto se corresponde a lo que de Pilatos sabemos por Filón y Flavio Josefo. Pilatos se vio preocupado por el ministerio de Jesús y el eco popular que encontraba.

Pero Jesús cuestionaba el etnomito judío hasta extremos que la autoridad sacerdotal judía no podía tolerar, y quería eliminarle.

El RD implicaba una alternativa social e impulsaba actitudes contraculturales (trataba con los marginados morales y debilitaba así las fronteras étnicas, cuestionaba el comunitarismo y ponía en el centro al ser humano, y cuestionaba también el patriarcado con un notable protagonismo de la mujer, promovía la no violencia, incluso con los enemigos del pueblo, relativizaba radicalmente al emperador de Roma...). Lo que para unos, los pobres, sonaba como buena noticia, para otros sonaba como noticia mala y peligrosa, porque afectaba a sus intereses, denunciaba su situación y sus privilegios.

En la misma Biblia descubrimos rostros distintos de Dios. En la vida de Jesús se produjo un conflicto de dioses. A Jesús le llevan a la muerte como blasfemo, en nombre de Dios, y él muere por la causa de Dios, poniendo su vida en las manos de Dios. La gran novedad de la vida de Jesús es el Dios que se manifiesta en su cruz. No se puede creer en el Dios por cuya causa Jesús muere sin luchar contra el Dios en nombre del cual le matan.

7. ¿Quién es Jesús?

Esto lleva a preguntarnos, desde un punto de vista histórico, ¿quién es Jesús?, ¿qué tiene de específico?, ¿hay en él algo novedoso?

Esta pregunta se suscitó entre sus contemporáneos y resultaba controvertida (es Juan B., que ha vuelto a la vida; es un profeta; un embaucador; el hijo de David; un poseído por Belzebú; con frecuencia la pregunta queda en el aire: ¿quién es éste?, ¿de dónde le viene esta autoridad?).

Esta pregunta está íntimamente ligada con la novedad de Jesús que nos preocupa en esta charla. Toda persona es irrepetible y única. De Jesús creo que podemos decir que fue una personalidad excepcional por las perspectivas que abrió a la vida humana, por la altura de su ideal de vida y por la sorprendente y escandalosa calidad de su vida. Sin embargo, cuando hablamos de *nuevo* decimos algo más: lo nuevo es algo inesperado, imprevisto, que abre posibilidades inéditas.

La gente percibe una gran autoridad en Jesús. La autoridad de Jesús no es tradicional. Tampoco es una autoridad legal

Jesús es un carismático, poseía una autoridad carismática, es decir, que nacía de una profunda experiencia personal, que la gente percibía y que le confería una gran ascendencia moral. Jesús es un carismático en el sentido sociológico del término (y también en el teológico: es un hombre singularmente abierto al Espíritu de Dios y movido por él).

¿Cómo se presentó Jesús? Podríamos preguntarnos ¿qué conciencia tenía de sí mismo?, aunque esta última formulación tiene el inconveniente de sugerir las interminables disquisiciones de cierta teología, con la que no tengo nada que ver.

Jesús tiene rasgo de profeta, como su anuncio del RD, y también de maestro sapiencial, pensemos en sus aforismos y en buena parte de su enseñanza. Jesús suscitó esperanzas mesiánicas en sectores del pueblo, pero él no aceptó el papel de mesías davídico. No se aplicó a sí mismo ningún título de dignidad del judaísmo de su tiempo.

Ahora bien, sí parece que Jesús consideró que había una estrecha vinculación entre su ministerio y la venida del RD («si expulsó los demonios por el espíritu de Dios...»). Más aún, consideraba que su vinculación con Dios era muy singular («aquí hay algo más que Jonás» «aquí hay algo más que Salomón»): estas

afirmaciones tan implícitas no pueden ser creación de la comunidad postpascual y, sin embargo, reflejan una relación con Dios excepcional.

Lo afirmado, de una manera excesivamente sucinta, lo reconozco, creo que se puede sostener históricamente con solidez. Otra cosa es la interpretación que se le dé. ¿Era Jesús, quizá, un farsante? No parece y, de hecho, nadie lo sostiene. La coherencia de su vida lo excluye. ¿Fue un idealista iluso desmentido por los acontecimientos posteriores? Históricamente esta posibilidad no se puede excluir. Aún así, su legado histórico, su visión de la vida, su impulso moral harían de él un personaje excepcional. ¿Y si Jesús fuera hijo de Dios, en el sentido de que a través de él tenemos acceso privilegiado, novedoso, al Dios, a quien llama Padre? ¿Radicalará la novedad en la entrega de Dios en la vida y persona de Jesús? Es lo que afirmaron sus seguidores muy poco después de su crucifixión.

8. La novedad de los seguidores de Jesús

La gran novedad la proclaman los seguidores de Jesús cuando anuncian que el crucificado ha resucitado. Es un anuncio que parte de la fe, que tiene la pretensión de decir algo realmente nuevo, que no es estrictamente histórico, pero que afecta profundamente a la historia.

En la experiencia pascual, que sería imposible sin la convivencia previa con Jesús, sin la profundización en el significado del RD, los discípulos llegan a percibir la novedad de la resurrección. En la historia que han vivido, la última palabra no la tiene ni Caifás ni Pilatos, sino Jesús, que ha sido resucitado por Dios.

Esto implica reivindicar la fe como lo que confiere sentido a la historia porque hace justicia de forma inesperada, nueva, más allá de las posibilidades humanas. La fe no es creer lo que no vemos, sino creer a pesar de lo que vemos o, mejor, contra lo que vemos. Como se ha dicho, la resurrección es «lo imposible necesario». Esto implica reivindicar la teología como una ampliación de la racionalidad, como la apertura de una lógica nueva. San Pablo reconoce, en una de sus paradojas apasionadas, que esto es «locura y escándalo», pero es todavía más «sabiduría y fuerza de Dios». Es una invitación a que la razón no se cierre a encontrar en la historia algo nuevo, que no entraba en sus cálcu-

los; que esté abierta a aceptar y acoger lo nuevo, el don inesperado-esperado.

El problema de la existencia de Dios es el problema de la resurrección de los crucificados. La resurrección del crucificado es la revelación suprema de Dios. Aquí radica la novedad del Dios de Jesús. Hay mucha apologética preocupada por explicar las señales que dejó en la historia la resurrección de Jesús (tumba vacía, apariciones etc.), pero la gran tarea es introducir la historia en la perspectiva nueva abierta por la resurrección del crucificado.

La fe en la resurrección lejos de llevar al olvido a la vida de Jesús, supuso conferir a su persona y vida terrestre un valor muy especial. El resucitado era quien fue crucificado por el modo como vivió, y no otro.

La gran novedad es la importancia progresiva que sus seguidores confirieron a la persona y vida de Jesús. Por eso escribieron los evangelios, que hoy día se consideran «biografías» (en el sentido que el término tenía en aquel tiempo), relatos de la vida de Jesús. Es una novedad, como digo, porque de los maestros judíos se transmitían sus doctrinas, a veces con alguna anécdota, pero nunca la atención se centraba en su vida ni se escribían biografías. La novedad cristiana es la importancia que adquiere no solo Cristo resucitado, sino la persona y vida del Jesús terrestre para conocer a Dios.

Precisamente el conflicto más serio que hubo en el cristianismo de los orígenes, el que enfrentó a lo que después sería «la ortodoxia» con el gnosticismo, radicaba en que estos últimos devaluaban radicalmente la humanidad de Jesús.

Los seguidores de Jesús formaron comunidades muy plurales, en general muy participativas, entusiastas y con gran poder expansivo.

Eran comunidades que acogían y conferían identidad a gentes, con frecuencia, con grandes dificultades de adaptación en su sociedad. Dentro de esta gran pluralidad, destacan las comunidades de la tradición paulina, que son las que mejor conocemos, por su capacidad de apertura e integración de la diversidad. «En Cristo no hay ni judío ni griego, ni esclavo ni libre, ni hombre ni mujer». En nombre de Cristo nos encontramos con comunidades socialmente heterogéneas y culturalmente mestizas, lo que supuso una verdadera novedad histórica y fue clave para la extensión del cristianismo.

Varios aspectos novedosos cabe destacar en el cristianismo de los orígenes. El valor que se atribuía a cada persona concreta, que no quedaba subsumida en el grupo. Es una herencia directa de Jesús, que ya relativizó las normas de pureza, las fronteras que defendían la integridad étnica del pueblo. «No ha sido hecho el hombre...».

En segundo lugar, el protagonismo concedido a la mujer, ya en el movimiento originario de Jesús, pero también entre los grupos de sus seguidores. Se constata que el número de mujeres en las comunidades primitivas es muy elevado, porcentualmente más elevado de lo que suponía en el conjunto de la sociedad. Pronto la mentalidad patriarcal fue contagiando a las comunidades cristianas, pero durante mucho tiempo el papel de las mujeres en su seno fue notablemente superior al que se le concedía normalmente en la sociedad. De hecho, una de las acusaciones más repetidas y graves contra los cristianos es que sublevar a las mujeres y, de esta forma, hacían peligrar el orden social.

Por último quiero referirme a la alternativa de vida de la comunidad primitiva de Jerusalén, tal como es descrita en los Hechos de los Apóstoles. Es claro que hay un elevado porcentaje de idealización, pero pienso que también cuenta con cierta base histórica. La comunidad de seguidores de Jesús tenía la misma fe, oraba junta, partía el pan y compartía los bienes (Hch 2, 42); y es esta fuerza fraternizadora lo que más subraya el texto, porque, sin duda, era el rasgo más llamativo en su ambiente. En esta actitud confluyen varias líneas.

El mensaje y la actitud de Jesús que había enseñado a compartir: «dar sin esperar nada a cambio»; «hay mayor felicidad en dar que en recibir»; el Maestro había enseñado que cuando se comparte lo poco llega para todos y hasta sobra. En segundo lugar, en la comunidad cristiana se verifica el ideal griego de la amistad, según el cual «entre amigos todo se pone en común». En tercer lugar, la comunidad cristiana tiene la convicción de que Jesús es el Mesías, de que el RD ha llegado, y de que ellos son el embrión del Pueblo de Dios escatológico, definitivo. Y el Deuteronomio 15 dice que en el Pueblo de Dios definitivo no habría pobres; se le venía a decir al pueblo que no descansase, que la tierra no estaría de verdad conquistada hasta que no estuviese bien repartida. Aquella comunidad de Jerusalén sabía que solo podía proclamar a Jesús como el Mesías definitivo de Dios

si con su vida mostraba que el RD había llegado y que otro mundo, realmente fraterno, es posible.

Un rasgo común a muchas de las comunidades del cristianismo de los orígenes es que viven en la marginalidad: no aceptan los valores dominantes en su sociedad, no se integran cómodamente, pero ni huyen al desierto ni se marginan simplemente. Vivir en la marginalidad es incómodo y difícil. Siempre está latente la deriva de la aceptación cómoda de lo establecido o del encierro en el gueto, que no deja de ser una forma de huida. Pero desde la marginalidad se pueden hacer críticas muy lúcidas de los valores dominantes, descubrir posibilidades nuevas y elaborar alternativas de superior calidad humana. Es lo que Jesús y sus primeros seguidores llamaban «entrar en el RD», después «vivir en Cristo», «renacer del Espíritu» etc. Es casi imposible mantener esa novedad con el paso del tiempo. Pero es imposible acallar del todo y para siempre la novedad que irrumpió en el Crucificado-Resucitado.